

TRIBUNA

Innovación y equipamientos urbanos

MARÍA CARREIRO
Y CÁNDIDO LÓPEZ

Las amas de casa —fémias o varones— estamos de celebración. Festejamos el centenario de la cocina diseñada por la arquitecta austríaca Margarete Schütte-Lihotsky en 1926 para las viviendas del barrio Römerstadt en el municipio alemán de Frankfurt. Esa estancia, denominada *cocina Frankfurt*, fue una propuesta innovadora y novedosa en su época. Una habitación específica, ideada con el fin de mejorar las condiciones del trabajo doméstico. Introdujo la encimera, esa superficie continua que define nuestras cocinas actuales, un mobiliario especializado, e incluso el lugar para colgar la tabla de planchar así como los electrodomésticos: un aparato alimentado por gas y/o electricidad sustituye a los fogones de leña/carbón. Se disponía cerca de la entrada de la vivienda y, en origen, se conectaba con el salón mediante una puerta corredera para poder atender a las criaturas. ¿Innovación? Desde luego. La propuesta de Schütte-Lihotsky transformó el concepto de cocina de tal manera que, en la actualidad, sigue vigente, al margen de que sea una pieza abierta o delimitada, incorporada en el salón o cerrada como un laboratorio.

En aquel período temporal se proyecta y construye el hospital Zonnestraat en Hilversum, de Jan Duiker y Bernard Bijvoet. Un edificio proyectado para ofrecer un entorno naturalizado a los pacientes —arbolado, con hierba y plantas—, en la convicción de que la exposición al aire y a la luz contribuía a mejorar la sa-

lud. Pero no solo la sanidad, sino que también la educación y el cuidado infantil se beneficiaron de una arquitectura abierta y funcional, puesta al servicio de las personas. Tanto la escuela al aire libre proyectada por Johannes Duiker (1927) en Amsterdam como la escuela infantil Sant'Elia (1937) ideada por Giuseppe Terragni en Como inciden en la relación exterior-interior, en el contacto directo entre el espacio construido y el ambiente abierto como una necesidad imperiosa para el desarrollo y el crecimiento personal.

Una manera de hacer que se ha ido diluyendo, al tender la arquitectura hacia lo meramente objetual, olvidando esas lecciones, distorsionando las enseñanzas originales. Por supuesto estos ejemplos combinaban espacio y materialidad, lugar y necesidades de las personas. Es decir los conceptos y las soluciones constructivas se retroalimentaban. Difícilmente unos podrían desarrollarse sin las otras. Conviene apuntar que el primer tercio del siglo XX concentra el ideario de la arquitectura contemporánea. Tanto de la cocina, el interior doméstico, como de los establecimientos

sanitarios y docentes, los equipamientos singulares. Y desde entonces vivimos de rentas y reinterpretaciones más o menos afortunadas o desafortunadas.

Ahora, en 2026, parece, al menos en Galicia, que volvemos a estar de enhorabuena. Nuestros cuerpos —y mentes— se están empapando de alegría en tiempos de zozobra, tras escuchar y leer noticias relacionadas con las innovaciones en materia de arquitectura acometidas por nuestras autoridades autónomas en dos ámbitos, el educativo y el sanitario.

Respecto del primero de ellos, se ha observado que la Xunta de Galicia está inmersa en el plan Apega, arquitectura pedagógica de Galicia. Un plan de renovación de los centros docentes, cuyas medidas destacables quedan identificadas como «crear espacios flexibles adaptados a las metodologías del siglo XXI, como patios cubiertos y pistas multideportivas; promover la eficiencia energética de los edificios; los cambios visua-

les y arquitectónicos con relación a los desagües y la iluminación de los espacios...». Existe alguna otra, pero todas del mismo rango.

Respecto del segundo, se reseña una noticia del jueves 18 de junio emitida por los servicios informativos de la TVG: la inauguración de un centro de atención primaria. Diversos medios escritos dan cuenta de un diseño «bajo criterios de sostenibilidad y confort, con espacios más luminosos y materiales naturales», destacándose que «los profesionales sanitarios podrán trabajar en las mejores condiciones posibles y los ciudadanos ser tratados con eficacia y eficiencia». Entre las novedades: la cubierta vegetal y el uso en el interior de «madera gallega». Sin embargo, nada hay nuevo respecto de lo que ya conocemos... Un objeto construido con parámetros contemporáneos sobre una parcela, con su aparcamiento delantero y sus arbolitos *lechuga* en un lateral.

Claramente en las áreas proyectuales de las escuelas de arquitectura nos explicamos fatal... Todo el discurso sobre la importancia del lugar se transforma en propuestas objetuales ajustadas

rigurosamente a la normativa vigente, más o menos bien resueltas formal y utilitariamente —queremos decir adaptadas al canon estético contemporáneo y al preceptivo Código Técnico de la Edificación—. Eso sí, perfectamente intercambiables de emplazamiento: de Ames a Viana do Bolo, o de Abegondo a Verín. Todo lo que vemos y leemos relativo al plan de arquitectura pedagógica y sanitaria son medidas constructivas... El orden del espacio se reduce a sus condiciones materiales. Los valores de la naturaleza que caracterizan el lugar son marginales, por no decir residuales. El vínculo indisoluble entre el ambiente interno y externo ha quedado en el olvido. Ni siquiera se considera la recomendación de la regla 3-30-300: ver tres árboles diferentes desde una ventana, un 30% de cobertura vegetal del suelo y una distancia máxima de 300 metros a un parque.

Las propuestas para los centros docentes y los sanitarios se anuncian bajo el calificativo «innovador». Mucha palabra para operaciones de acondicionamiento a la normativa vigente y a las exigencias contemporáneas de habitabilidad y sostenibilidad. O tal vez a la familia léxica del término innovación le suceda como al vocablo palafito, que ya no lo conoce ni la mayoría del estudiantado que aprueba la PAU. ■

María Carreiro y Cándido López son profesores e investigadores en la Escuela de Arquitectura de la Universidade da Coruña

EL DESLIZ

Algo pasa con Mary Bennet



PILAR GARCÉS

Llega un chute de felicidad cuando menos te lo esperas. Si se me diera la posibilidad de resucitar a un ser humano que no forme parte de mi familia o círculo de amistades no me lo pensaría: Jane Austen. Por falta de tiempo no puedo considerarme janeíta o austenita, que así se llaman los seguidores acérrimos de la escritora. Ni siquiera *darcymaníaca*, término acuñado por el gran Martin Amis para describir el eufórico estado de ánimo colectivo que poseyó a las espectadoras de la adaptación de la BBC de *Orgullo y Prejuicio* (1995) cuando vieron a Colin Firth bañarse con ropa en el lago de Pemberley, ay. Estoy esperando la jubilación para releerme entera la bibliografía de la británica y luego peregrinar hasta los escenarios de todas sus novelas, pero mientras tanto vuelvo recurrentemente a las películas y las series basadas en el particular e infinito universo de la autora de *Emma* o *Sentido y sensibilidad*, y también a todos los productos literarios que lo re-

crean o rinden homenaje, incluida *Bridget Jones*. Me he tragado y leído auténticas chorradas cursis e intrascendentes, pero por lo general constituyen un buen antídoto para la cutrez de estos tiempos de ábalos y zapateros en que las cuestiones de honor han pasado de moda. La última recreación austenita es una joya y la recomiendo, *La otra hermana Bennet*, ficción de época recién estrenada en Movistar Plus basada en el libro de Janice Hadlow. Más refrescante que un abanico.

Se refiere el título a Mary, la tercer hermana de la familia protagonista de *Orgullo y Prejuicio*, invisible como todas las medianas. Tuve que hacer un verdadero esfuerzo de memoria para situarla en el libro y sus sucesivas adaptaciones, tan insignificante resulta su retrato. Empeñada en

Me he tragado chorradas cursis, pero por lo general constituyen un buen antídoto para la cutrez de estos tiempos de ábalos y zapateros

tocar el piano y cantar (fatal) para los invitados, tímida y lloriqueante, no la caracteriza ninguna de las virtudes que adornan a sus hermanas. Jane es bella, Elisabeth lista, y las pequeñas Kitty y Lydia graciosas y alegres, aunque muy pesadas. Mary no tiene etiqueta, hasta hoy, cuando recibe la buena mirada que todas las mujeres necesitamos y se convierte en dueña de su existencia. Lo que pasa con Mary lo relata la propia protagonista de la serie de la BBC nada más comenzar el primero de sus diez capítulos de media hora: «No tener un penique y ser poco agradada es tremendamente duro. O eso nos enseñó mi madre». Esta tóxica progenitora, tan intensa y ambiciosa como la pintó Austen, resulta todavía más egocéntrica y cruel en el trato al patito feo de

la familia. «Mary tiene un cutis demasiado enrojecido, es desgarbada, torpe. Habrá que conformarse con cuatro buenos matrimonios. Espero que no eche a perder las posibilidades de sus hermanas».

A Mary le gustan los libros de temas áridos, sabe escuchar y lleva gafas. Y no se vuelve guapa y rutilante de repente como Betty la Fea, ni rompe con los corsés de la sociedad, sino que aprende a respetarse a sí misma y encuentra su sitio en el mundo sin fallarse. Mención aparte merece el catálogo de gestos que exhibe la deslumbrante actriz Ella Bruccoleri, de Mary desubicada y resignada en la vida social, a Mary aturdida por los antebrazos de un caballero, asertiva, desafiante y por fin feliz. Una reivindicación de las personas que no encajan y viven para contarlo. Con su galán, sus bailes, sus salones de té y ese humor malvado marca Jane Austen, muy necesario para sufrir a tanto idiota de salón con este calor. ■